

Destino, expresión, belleza

Pere Gimferrer

¿A qué aspira un poeta? A dos cosas, fundamentalmente: a expresarse y a crear belleza mediante la palabra, estos, a producir objetos verbales que se justifiquen mediante su misma existencia. La expresión, la autoexpresión, puede ser muy directa, como en Baudelaire o en Blas de Otero; o, por el contrario, muy indirecta y oblicua, casi por pura refracción, como en los poemas narrativos de Góngora o de Marino. No será por ello menos expresión, ni por ser a primera vista más inmediatamente autoexpresivo importará menos a un poeta la belleza. En un mismo libro —*Cantos de vida y esperanza*, de Rubén Darío, por ejemplo— podrá alternarse lo que obedezca al impulso autoexpresivo manifiesto y lo que ante todo se encamine a suscitar belleza autónoma y exenta. En dos libros sucesivos (poco importa ahora el orden de sucesión, no enteramente dilucidado) pudo Rimbaud poner en primer plano la expresión de sí mismo ("Una temporada en el infierno") y la belleza objetiva, casi abstracta, de la palabra (*Iluminaciones*); claro está que, como en un juego de espejos, el libro más despersonalizado, las *Iluminaciones*, es también desgarradora expresión personal, y el más confesional, *Una temporada en el infierno*, puede leerse además como pura creación imaginativa. Según queramos, será un breviario de mística profana (y aun quizá sacra a las veces), un álbum de leyendas remotas y bárbaras, un catálogo de ritos atávicos y un soliloquio musitado en tinieblas. Y de contados poetas sabremos tanto y a la vez tan poco como de los altivos fabuladores herméticos: un Rimbaud desde luego, pero también un Wallace Stevens, o un William Carlos Williams, o un Valéry Larbaud, o un Mallarmé. ¿Querrá decirse con ello que la poesía, en cuanto expresión, es comunicación y, en cuanto suscitadora de belleza es conocimiento?

En este debate entraron, años atrás, algunos de los principales poetas españoles. No mediaré en él ahora; básteme con apuntar que lo que a efectos estilísticos es comunicación de signos no puede, en mi sentir, percibirse, por parte del lector, sino como conocimiento, de suerte que las dos teorías, como por lo demás las dos aparentes clases de poesía, se completan mutuamente. Sólo hay, en efecto, una poesía, que es expresión y belleza a un tiempo, y que, por lo tanto, es comunicación, sí, pero de un conocimiento conquistado a tientas, no previo a la experiencia de escribir el poema ni separable de sus palabras.

La pregunta más pertinente se refiere hoy al futuro de la poesía. Quede claro que este futuro nada tiene que ver con el futuro de la poesía impresa. Ya que de estos dos poetas hemos hablado antes, quizá convenga recordar, por ejemplo, que los

dos versos iniciales de la octava 92 del primer canto del "Adone" de Marino ("Strana di quella casa ò la struttura, /strano il lavoro e strano è l'ornamento") son manifiestamente análogos a los hoy célebres versos, contemporáneos de aquéllos, de la "Soledad segunda" de Góngora, los 273-274 ("extraño todo: el diseño, la fábrica y el modo"), sin que, en la época en que se redactaron, ninguno de los dos textos tuviera necesidad de circular impreso, aunque indudablemente sí manuscrito (quién imitó a quién, o qué "topos" del barroco inspiró a ambos, no debe ocuparnos ahora).

En todo tiempo y lugar, pues, la poesía ha sido operante con independencia de su forma de transmisión (oral, manuscrita, impresa, acaso con soporte distinto en el futuro, informático o magnetoscópico). No debe interesarnos, pues, aquí el porvenir editorial de la poesía; este género, a diferencia de la novela, no se vincula de modo sustantivo a la transmisión impresa. Otras cosas decidirán su permanencia. En primer lugar: ¿es perenne la necesidad de expresarse y de crear belleza mediante la palabra? Parece obvio que sí. ¿Lo es la necesidad de participar en la forma de conocimiento que de ello se derive? Esta segunda pregunta es la realmente decisiva; de ella depende que haya lectores. Y al decir lectores no pienso, por entusiastas que sean, en lectores profesionales, en universitarios estudiosos de filología. No: la poesía no sobrevivirá porque se le asegure un destino de invernadero en el coto cerrado del "campus" universitario. La poesía sobrevivirá mientras algún adolescente solitario reconozca su insurrección y sus sueños en Lautréamont y Rimbaud, y se deslumbe ante Góngora y Rubén Darío, y se conmueva con Keats y Leopardi.

Del impulso que mueve a escribir poesía podemos estar seguros, pues, de que perdurará; de este segundo impulso, el que mueve a leerla ¿cabría admitir la posibilidad de que desaparezca? Sin duda; pero a costa de una mutación moral tan profunda en el ser humano que difícilmente podría concebirse, ya que en una individualidad dada a expresarse y a crear belleza mediante la palabra es arduo imaginar extirpada toda capacidad para recibir de otros tal experiencia. Si afecta desaparecer, reaparecerá bajo otra forma. ¿Podría acaso Teócrito concebir la existencia, no digo ya de Tristan Tzara, sino simplemente, en su mismo idioma, de Licofrón? ¿Pudo Píndaro concebir a Dante? Algo sí podían concebir todos ellos: la imagen de estos adolescentes que, como narra Ovidio de sí mismo en las "Tristes", aunque su padre les pregunta para qué intentan un estudio inútil hablarán en verso sin quererlo, y tendrán por dioses a cuantos poetas conozcan. Tales son los destinatarios naturales de la poesía y su razón de ser; por que este adolescente anónimo, el que fuimos cuando por primera vez leímos versos y quisimos escribirlos, es lo mejor que en sí tiene cada uno de nosotros. © ABC □

* Este artículo recibió el premio Mariano de Cavia, que se otorga desde 1920 y han recibido, entre otros, Ramón Pérez de Ayala, Gabriel Miró, Salvador de Madariaga, Rafael Alberti y Camilo José Cela.